

Un Tema: los Temas

"¿De qué quiere Ud. que escriba en un país como éste donde no pasa nada?", decía un buen señor para explicar su silencio literario. Si sólo le ocurriera a él no sería cosa de preocuparse y se podría decir, encogiéndose de hombros, que no hay peor ciego que el que no quiere ver. Pero la verdad es que comienza a ser la suya una tesis bien recibida entre literatos, aunque más bien sea una excusa para la pereza o para algo peor: la pequeñez de alma.

Quien lo piensa así cree que hay temas dignos y otros que no lo son: temas con prestigio literario, temas grandes, y temas sin prestigio, o chicos, a imagen del país. La inepticia que revela un enfoque de esta índole parecería demostrar que no estamos en presencia de creadores, sino de simples merodeadores de los temas que han inventado otros.

Porque el hallazgo del tema es buena parte de la originalidad de un creador. No hay sobre eso nada estatuido, no existen recetas ni fórmulas que puedan aplicarse con resultados previstos. Es el escritor quien descubre en la hilación de una serie de sucesos, por insignificantes que resulten para el común de los mortales, la riqueza interior, la resonancia espiritual, de la que parte una obra de arte. En la elección se pone en movimiento lo que con palabra grande llamamos la cosmovisión creadora. Pero en su exterior puede ser cualquiera: de un patricio, de esos que abundan en la crónica policial cotidiana, saca Dostoiewsky "LOS HERMANOS KARAMAZOV"; y probablemente no hay tema más gastado y vulgar que el que da nacimiento a "MADAME BOVARY".

Porque, y eso lo sabían bastante bien los antiguos, no es el tema exterior lo que más importa, sino el interior, aquello que se hace con un suceso cualquiera. Allí está un escritor. Por eso mismo resultan vanos, sino pueriles, los que apuntan, para consumo de narradores, los temas que están por explotarse. Son millares, nos acechan por todas partes, pero no es desde afuera que se los aborda sino desde un desgarrón afectivo e interior mediante el cual un escritor encuentra respuesta en la realidad a algo que estaba en su espíritu como una inmanencia. Es en estas circunstancias que el escritor accede a una obra auténtica (que sea buena o mala es otro cantar).

En cambio por buena que sea en su apariencia, una obra hecha por el sistema estadístico carecerá siempre de verdad: esas obras que parten de un "galup" privado en que un autor se pregunta cuáles son los temas que más se repiten y más interesan al público y una vez puntuadas en primer lugar la quiniela y las elecciones, las adopta. Pertenecen al mismo error de los críticos que iracundos reclaman de los escritores: escriba de las fábricas, escriba de la corrupción administrativa, deje de lado las cosas "bonitas". Se les podría contestar con un ejemplo: la mayor creación novelística de nuestra lengua, fue escrita en la corrompida España decadente de los Felipes por un hombre pobre llamado Cervantes y cuenta las aventuras de un caballero loco y un escudero cuerdo en un país donde no parece pasar nada. Pero ninguna obra diagnosticó tan bien como ésa la verdad de su tiempo y de su tierra.